

## A UNA TORTOLA

Tórtola, que misteriosa  
Querella de amores cantas,  
Dolorida;  
Azorada, temblorosa,  
Como la lluvia en las plantas  
Conmovida:

Que levantas arrullando  
De tu seno palpitante  
La alba pluma,  
Como el agua murmurando  
En las olas, vacilante,  
Leve espuma:

Tórtola tímida y bella,  
Melancólica veeina  
De los valles,  
Nunca tu blanca querella,  
Tu cántiga peregrina,  
Muda acalles:

Lleva a el aura ese ruido  
Que en las soledades mueven  
Tus acentos:  
Los ecos de tu gemido  
Siempre amorosos se eleven  
A los vientos.

Canta, canta dulcemente  
Con la tierna compañera  
Tus amores:  
Verás tu arrullo inocente  
Dar más vida a la pradera  
Y a las flores.

¿Más por qué si regalado  
Tu murmurio en mis oídos  
Desfallece,  
El pecho mío, turbado,  
A tus lánguidos gemidos  
Se estremece?

Pues en gemir son iguales,  
Nuestras voces uniremos  
Retiradas,  
Como de los manantiales  
Unirse las aguas vemos  
Separadas.

Mis suspiros lastimados,  
Tus arrullos gemidores  
Mezclaremos,  
Tú—sentidos, yo—soñados,  
Entrambas canto de amores  
Murmuremos.

Carolina CORONADO

## REENCUENTRO CON PARIS

Cortometraje en dos «secuencias» y una «advertencia final»

A mi hermano y mejor amigo incurable «dilettante» de las mil y una maravillas de Lutecia, por las que, sin embargo, no daría un trocito de cielo —siempre azul— de Extremadura.

### Primera «secuencia»: UN PAISAJE

**C**UALQUIER persona de mediana sensibilidad que llega a París por primera vez se ve instantáneamente «golpeada» por la impresión estética, de origen visual, que ha de producirle la contemplación de sus grandes y bellas perspectivas urbanas. Después de un simple recorrido «de guía turística» será difícil olvidar, por ejemplo, la plaza de la Concordia, inmenso rectángulo de más de ocho hectáreas, pleno de armonía y ritmo clásicos, y como dispuesto a enviar a otros planetas —cual mensaje de paz y cultura— el cohete espacial de su obelisco. La plaza del Trocadero, con su palacio Chaillot partido galantemente en dos para que el viandante, cara al Sena, pueda deleitarse en la contemplación de un paisaje urbano de una grandeza imponente. La plaza de Carrousel, con el esbelto arco de su mismo nombre, punto de conjunción de los palacios del Louvre —inmenso museo de museos— y los jardines de las Tullerías —nombre cargado de resonancias históricas—, en uno de cuyos ángulos se encuentra el palacete del Juego de Pelota, hoy relicario en que se guardan las más preciadas joyas de la pintura impresionista. (Desde el Arco de Carrousel, y tendiendo la vista hacia el Arco del Triunfo, se contempla un panorama de tal grandiosidad y belleza que dudo pueda encontrarsele parangón). La plaza Vendôme, artístico candelero con la enorme bujía de bronce en espiral de su columna, rematada por la llama quieta y fría del Corso, y sujeta a un pedestal que es un canto a sus victorias. (Eso de que París es un altar dedicado a Napoleón será un poco irreverente, pero no es del todo inexacto). La plaza del Panteón y sus aledaños, conjunto de tan puro sabor grecorromano, que está uno a punto de inquirir: «¿si estamos en la Atenas de Pericles, ¿por qué no visten clámide esos ciudadanos que pasan ahora bajo los capiteles corintios del Panteón?». La plaza de la Opera, con el mayor y más suntuoso templo lírico del mundo. La explanada de los Inválidos —hoy museo del Ejército y tumba de Napoleón—, desde cuya fachada Norte se admira otra perspectiva majestuosa. El Campo de Marte escenario de la Exposición Universa-